

Himno Nacional de Colombia

JOSE R. FIGUEROA CASTRO

Periodista Prof. TP N° 3358

La nacionalidad tiene múltiples maneras de presentarse, y una de ellas está representada en los símbolos patrios, *La bandera, el escudo y el himno nacional*, los que enaltecen el patriotismo y fomentan el inmenso amor que sentimos por Colombia. El patriótico orgullo de ser colombianos, de sentirnos de una tierra hermosa, grande y tan bella como El Edén, que se acrecienta cuando escuchamos las heroicas y marciales notas del *Himno nacional*. De ahí la gran importancia que tiene el estudio de nuestro *himno* y el darlo a conocer a las nuevas generaciones, pues ello hace posible que el pueblo y muy en particular los estudiantes se interesen por conocer más a fondo la historia, el poema y la música del *Himno Nacional de Colombia*.

El presente trabajo es sólo el esfuerzo que hago procurando sea en favor de un

mayor servicio hacia nuestros compatriotas, de una más efectiva integración, en lo que me atrevería a llamar *cultura patriótica*.

Historia.

La letra del Himno Nacional de Colombia fue escrita por el doctor Rafael Núñez, quien nació el 28 de septiembre de 1825 en la ciudad de Cartagena. Se graduó de abogado. Fue diputado a la Asamblea de Bolívar y Panamá, congresista en varias legislaturas. Presidente del Estado de Bolívar, Secretario de Hacienda de la Unión, Cónsul en El Havre y en Liverpool. Elegido presidente, ejerció del 1° de abril de 1880 al 31 de marzo de 1882 y, nuevamente, de agosto 11 de 1884 a marzo 31 de 1886; de junio 4 de 1887 a diciembre 12 de tal año, del 8 de febrero al 6 de agosto de 1888. Electo por seis años y por tercera vez. Reelegido en

1892 por otro sexenio, no ejerció el cargo. Inspiró la reforma política llamada *La Regeneración*, que se concretó en la Carta de 1886. Fundó el Partido Nacional, eje de esa reforma. Estadista, la más discutida personalidad política, en cuyas artes descolló. Economista y hacendista, poeta y escritor, periodista y sociólogo, filósofo y polemista, autor de la letra del Himno Nacional, además de las siguientes poesías: Qué sais je? - Todavía - Dulce ignorancia - Sursum - El mar muerto - Moisés - A mi madre - Prometeo - En prosa: La reforma política en Colombia (5 volúmenes) - Ensayo de Crítica Social. Murió en Cartagena el 18 de septiembre de 1894.

Pero la poesía escrita por el doctor Núñez, que después se convirtiera en nuestro *Himno*, no fue escrita con ese fin. Tal hecho sólo fue producto de una casualidad afortunada, de esas que nos depara la historia de vez en cuando. En Bogotá vivía un señor de nombre José Domingo Torres, personaje que solía representar públicamente historias de la vida humana, como sainetes y cuadros de todo género, mediante el arreglo teatral que él hacía de los temas que más le gustaban. Don José Domingo fue

siempre un empleado público admirador constante del doctor Rafael Núñez, con quien presumía tener una constante e íntima amistad. Aparte de la admiración política que el señor Torres tenía por el doctor Núñez, lo unía una pasión muy grande por su poesía y por ello conservaba como un precioso tesoro un voluminoso álbum de recortes y de los artículos que había publicado el doctor Núñez desde 1860 y de la poesía que hasta entonces había salido de la fértil inspiración del vate cartagenero. Don José Domingo tenía todos esos papeles guardados como una verdadera reliquia.

Entre las poesías coleccionadas por Torres figura una de índole patriótica, en metro alejandrino, agudo, propia para himno, aunque exenta del sabor vengativo y cruel de todos los encantos de guerra. En ella, lejos de las invitaciones a la matanza, al incendio, al saqueo, como suele ocurrir con esta clase de poemas, se manifestaba en prosas apacibles, generosas, la historia de los hechos gloriosos de nuestra gesta emancipadora, Boyacá, Carabobo, Cartagena, Pichincha, Junín, Ayacucho, etc. El coro era una breve invocación a la gloria que no se marchita, por eso decía "inmarcesible"

y al júbilo popular que nunca desfallece. La noción de Patria, es allí noble generosa, benévola, hospitalaria, por encima de todo otro sentimiento vindicativo.

Se acordó que para celebrar un homenaje al Doctor Núñez y a doña Soledad, su esposa, una fiesta adecuada, sería celebrar popularmente el 11 de noviembre de 1887, día del aniversario de la independencia de la Ciudad Heróica.

Como don José Domingo Torres era experto en preparación y organización de actos y representaciones para el público, se dispuso aparte de escenificar actos patrióticos, promulgar la poesía inédita del Dr. Núñez, pero con música adecuada. Don José Domingo se dirigió al Maestro Oreste Sindici, gran compositor italiano vinculado a Bogotá desde hacía muchos años, era hijo de don Vicente Sindici y de doña Teresa Topai, personajes de importancia en la ciudad de Roma. Nació en esta ciudad hacia el año de 1837. Oreste Sindici llegó a Bogotá en el año de 1864 haciendo parte de la compañía de ópera que dirigía el célebre barítono italiano Egisto Petrilli.

En el año de 1866 contrajo matrimonio con la señorita

Justina Jannaut, hija de un conocido y acomodado comerciante francés establecido desde hacía muchos años en Bogotá, donde tenía un buen almacén ubicado en la primera calle real. De este matrimonio nacieron tres hijos: Oreste, Eugenia y Emilia.

El padre de Sindici falleció antes de que éste naciese y el segundo matrimonio de su madre le creó un ambiente hostil cuando ya era un adolescente por lo cual se separó del hogar haciendo parte de compañías de ópera, después de haber cursado estudios musicales y de canto en academias de Roma, entre ellas la de Santa Cecilia.

Era un excelente tenor y en esa calidad llegó a Bogotá con la compañía de ópera del señor Petrilli. Fue maestro de música y habitó con su familia, después de la quiebra económica, en una casa de la carrera 4ª entre calles 18 y 20 del barrio Las Aguas. Allí murió el miércoles 13 de enero de 1904.

El señor Torres le pidió al maestro Oreste Sindici que le pusiera música a los versos del doctor Núñez, pero aquél le puso poca atención a la solicitud, por las constantes ocupaciones que tenía. Cansado de rogar el señor Torres solicitó la interven-

ción de la señora Justina para que influyese sobre su esposo. Tanto fue el interés de doña Justina frente a don Oreste, para que le pusiera música a la poesía del doctor Núñez que al fin accedió y de ello resultó una pieza vibrante, llena de sabor patriótico. Este trabajo musical fue elaborado en la casa del señor Sindici, que por entonces estaba ubicada en las calles 14 y 15 con carrera 15 que se llamaba antiguamente "El Gasómetro". El 11 de noviembre de 1887 se estrenó este himno, no con ese nombre, sino como una simple composición musical patriótica. La velada que se cumplió fue preparada cuidadosamente y el programa quedó incluido dentro de la programación general de los festejos de ese día para honrar a la bella y legendaria ciudad de Cartagena. La ejecución del himno nacional aquella memorable ocasión, fue acogida con un entusiasmo ruidoso. El coro y la orquesta formado por los mejores artistas de la ciudad, compartieron los aplausos y felicitaciones con su Maestro y Director, Sr. Sindici.

Este último se mostró emocionado y orgulloso. El doctor Núñez quiso escuchar en su mansión la música vocal con un completo acompaña-

miento de orquesta. Efectivamente esto se llevó a cabo en el Palacio de San Carlos en presencia del Presidente de la República y de su esposa, los Ministros, invitados especiales y un selecto público. Como el Ministro de Gobierno se diera cuenta del éxito alcanzado en el estreno de esta obra, quiso que se ejecutase oficialmente por la orquesta y el coro aludidos, bajo la dirección del compositor, lo que se hizo evidentemente el martes 6 de diciembre de 1887 en las horas de la noche. A él concurrieron todas las autoridades civiles y militares, eclesiásticas, los Miembros del Cuerpo Diplomático. El estreno oficial se hizo en el salón de Grados, esquina de la calle 10, frente al Palacio de San Carlos. De esta obra, que no fue compuesta para que se utilizara como himno nacional, pero que llegó a serlo, por sus especiales características, se refirió el doctor Antonio Gómez Restrepo, así: "*El himno nacional colombiano* tampoco fue compuesto para tal objeto, pero sin que el doctor Rafael Núñez, ni el Profesor Oreste Sindici pensaran que iban a dotar a Colombia de una cosa que tanta falta le hacía: *El himno de la patria*. El tono marcial del coro con que se prin-

cupia y que parece abrir al corazón horizontes de luz y de esperanza, y la arrogancia y brío de la música que levanta en sus alas las estrofas, fueron elemento principalísimo para que el himno se popularizase no obstante la poca simpatía con que lo miraron, en sus comienzos los adversarios políticos del gran Poeta y Hombre de Estado que escribió la letra.

Pero si como la Marsellesa se impuso por encima de las divisiones dinásticas y políticas de los franceses, de la propia manera nuestro *himno* fue ganando terreno, fue penetrando en las masas por medio de las escuelas primarias, y cuando el país celebró el centenario de la independencia en 1910, el *himno* resonó con solemnidad incomparable, cantado por todos los colombianos sin distinción de opiniones políticas”.

HIMNO NACIONAL OFICIAL

El Legislador de 1920, por medio de la Ley 33 del mismo año, elevó a la categoría de Himno Nacional el concebido en estrofas poéticas vigorosas por el doctor Rafael Núñez y musicalizado, como ya se vió por el Maestro italiano Oreste Sindici.

En vista de que por diferentes músicos se hicieron versiones diferentes del *himno nacional*, el *Presidente de la República*, doctor Alberto Lleras Camargo dictó el Decreto número 1963 de 1946, del 4 de julio, por medio del cual se adoptó la revisión para canto y piano, y las transcripciones para banda Sinfónica y Banda Militar, del Himno Nacional de Colombia, realizadas por José Rozo Contreras, sobre la partitura original de Oreste Sindici.

HIMNO NACIONAL DE COLOMBIA

Coro

*Oh! Gloria Inmarcesible
Oh! Júbilo Inmortal
En surcos de dolores
El bien germina ya.*

Es un canto épico, un canto de alegría que da paso al regocijo que viene tras los pesares y dolores que ha dejado la guerra con España. Su marcialidad, acompasada con un lenguaje elevado, da idea del logro de un anhelo esperado ya durante largo tiempo.

Primera Estrofa.

*¡Cesó la horrible noche!
La libertad sublime
Derrama las auroras
De su invencible luz.*

*La humanidad entera,
Que entre cadenas gime,
Comprende las palabras
Del que murió en la Cruz.*

Consecuente con el coro, la primera parte de esta estrofa continúa el canto de alegría y júbilo que le brota al granadino como homenaje a la libertad lograda después del duro yugo español. No contento con mostrar las angustias del Nuevo Mundo, el poeta funde en el crisol americano el dolor de todos los pueblos esclavizados por la mano de los tiranos.

Segunda Estrofa.

*¡Independencia! grita
El mundo americano:
Se baña en sangre de héroes
La tierra de Colón.
Pero este gran principio;
"El Rey no es soberano"
Resuena, y los que sufren
Bendicen su pasión.*

Norteamérica, la Nueva Inglaterra, sujeta durante siglos al dominio de los ingleses, reclama su libertad y su independencia, y al grito de ésta, al mando del inmortal Jorge Washington y otros preclaros hombres de esa gran Nación, tras larga lucha que siembra de heridos y muertos los campos y ciudades y riega en sangre la tierra que pelean, obtiene su liberación.

Su esforzado espíritu de lucha es seguido por los granadinos, que en desigual pelea con la pacificación de Pablo Morillo y Juan Sámano, bañan con su sangre los campos colombianos, y ascienden, con su grito de agonía al trono de los mártires y al solio de los héroes. Francisco José de Caldas, Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos, Camilo Torres, José María Carbonel, Francisco Morales, Antonio Villavicencio, Jorge Tadeo Lozano, y muchos cientos de patriotas muertos por la reacción brutal y cruel del Reino Español.

Con el Rey Luis XIV de Francia se había implantado en Europa el absolutismo, y la tiranía de los soberanos no conocía límites en lo que respecta al respeto a la vida, bienes y honra de los individuos. Pero el pueblo francés, fiel salvaguardador de las libertades individuales, dio un gran paso con la Revolución Francesa revelándose contra la tiranía y proclamó la República, formó los Derechos del Hombre, y dentro de los muchos principios que se dieron a luz brilló aquel de que "El Rey no es soberano", pues su poder tenía un límite; el de respetar al hombre, sus libertades y sus derechos. Este principio, junto con los demás procla-

mados por el pueblo francés, llegaron a tierra colombiana, a suelo americano, y fueron como un rayo de esperanza para quienes luchaban y se esforzaban por libertar el Nuevo Reino de Granada de la Corona española. El rey mandaría en España, pero no tenía ni mando ni soberanía alguna en América. Así, no era delito alguno luchar contra el rey.

Tercera Estrofa.

*Del Orinoco el cauce
Se colma de despojos,
De sangre y llanto un río
Se mira allí correr.*

*En Bárbula no saben
Las almas ni los ojos
Si admiración o espanto,
Sentir o padecer.*

Después de la derrota de Bolívar en Puerto Cabello, ocasionada por la traición de uno de sus hombres, y del posterior viaje del Libertador a tierras centroamericanas, José Tomás Boves, esforzado llanero, al frente de sus jinetes, púsose al servicio del Rey y comenzó a sembrar el pánico y la desolación completa en los llanos de Colombia y Venezuela, y cual tromba incontenible tiñó el llano con la sangre de los que luchaban por la libertad; y a esta sangre se sumó la

de los realistas cuando Bolívar, de nuevo en su patria, aterrado por las atrocidades que los españoles cometían en la lucha, lanzó en la ciudad de Trujillo el Decreto de la Guerra a muerte cuando emprendía las campañas de 1813 y 1814, campañas en las que pudo derrotar en San Mateo al sanguinario Boves y sus jinetes.

Durante las campañas de 1813 y 1814 a que se hizo mención, Bolívar obtuvo entre otras la gloriosa victoria del Bárbula, allí se llenó de gloria un hijo americano nacido en los riscos de Antioquia y de quien el poeta dijo: "Vivió para su vida un solo instante, vivió para su gloria demasiado". Era Atanasio Girardot, quien caía envuelto en la bandera traspasado por las balas de los españoles.

Se hacía necesario para la victoria, conquistar la altura de Bárbula y Atanasio, a costa de su vida, subió valientemente, enarboló la bandera en la cumbre y fue artífice de la victoria.

Cuarta Estrofa.

*A orillas del Caribe
Hambriento un pueblo lucha,
Horrores prefiriendo
A pérfida salud.*

*¡Oh, sí! de Cartagena
La abnegación es mucha
Y escombros de la muerte
Desprecia su virtud.*

España no se conformó con la independencia de sus posesiones en América y resolvió iniciar la reconquista. Y con tal fin envió una expedición en la que don Pablo Morillo marchaba al frente de 66 buques y 15.000 hombres, y a Cartagena llegó intimando a la guarnición a que se rindiera. Ante tal acometida, la Ciudad Heroica en titánica lucha resistió el asedio durante 106 días, hasta diciembre de 1815, fecha en que, más por efecto del hambre y la miseria, los cartageneros se rindieron, pues habían llegado a un extremo en que ya no parecían hombres sino cadáveres, por la falta de comida que se había agotado hacía ya largo tiempo. Había perecido la tercera parte de la población. Un soldado español relata que cuando entraron a la ciudad "No vieron hombres sino esqueletos, hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban a las paredes para andar sin caerse. Tal el hambre horrible que habían sufrido". Podemos concluir que el sitio de Cartagena se coloca al lado de los sitios de Numancia y Cartago.

Quinta Estrofa.

*De Boyacá en los campos
El genio de la gloria
Con cada espiga un héroe
Invictó coronó.*

*Soldados sin coraza
ganaron la victoria
Su varonil aliento
De escudo les sirvió.*

Boyacá, tierra de altura con olor a neblina, fue escenario de la más grande epopeya que se ha dado en nuestra Patria; la batalla que las tropas libertadoras al mando del General Simón Bolívar le ganaron a las españolas comandadas por el General Barreiro. En aquellos fríos campos, después de la heroica jornada del Pantano de Vargas, Bolívar se tomó a Tunja para establecer allí su campamento de observación. En las primeras horas del 7 de agosto de 1819, procurando el Libertador evitar que las tropas de Barreiro se unieran con las tropas de Juan Sámano, El Virrey, ordenó cerrar a toda costa el paso al primero, y hacia el medio día los dos ejércitos se encontraron a orillas del riachuelo Boyacá, a 16 kilómetros de Tunja, y al querer el jefe español atravesar el puente, se dio la batalla, la que terminó con la derrota de los españoles y la captura del mismo Barreiro. Cada

uno de los soldados que luchó en aquella memorable jornada fue un héroe, pues las tropas españolas estaban mejor equipadas que las tropas patriotas, a las que sólo protegía su amor a su tierra y su amor a la libertad.

Sexta Estrofa.

*Bolívar cruza el Ande
Que riegan dos océanos
Espadas cual centellas
Fulguran en Junín.*

*Centauros indomables
Desciende a los llanos,
Y empieza a presentirse
de la epopeya el fin.*

Colombia, tierra privilegiada por su posición, está besada por la acariciante brisa de dos océanos y coquetea con el cielo de las inaccesibles cumbres de sus montañas andinas.

Francisco de Paula Santander, en compañía de José Antonio Páez, el León de Apure, el bravo llanero venezolano, comienza a formar, en el llano, el ejército que otro día conducirá el General Bolívar a las victoriosas jornadas de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho. El núcleo de aquel ejército, lo constituían los bravos llaneros, los invencibles lanceros, aquellos mismos que a la cabeza de Juan José Rondón, en memorable carga salvaron las hues-

tes patriotas en el Pantano de Vargas y que sin temor al crudo invierno que inundaba el llano, ni a la penosa fatiga de largas marchas, fueron capaces de emprender la ascensión hacia las heladas cumbres de los páramos bajo la presión de bajísimas temperaturas que nunca habían soportado. Eran 2.500 bravos soldados, que animados por el genio incansable del General Simón Bolívar, subieron, acostumbrados como estaban al canicular sol del llano, al Páramo de Pisba, a 4.000 metros de altura, por camino sólo transitable por cabras salvajes. Y de Pisba, el poeta nos lleva a Junín, (Perú) y canta allí la dura lucha que sostuvieron las tropas patriotas con las realistas. El combate de Junín, no fue definitivo para la defensa del Perú, pero abrió paso a la formidable batalla de Ayacucho.

En el combate sólo intervinieron las caballerías de ambos ejércitos, y caballos y jinetes, cual centauros, haciendo palpar el suelo con duro repiquetear de cascos y aceros, se trenzaron en dura batalla, en la que la victoria fue para los hijos del Nuevo Mundo.

Corría el día 6 de agosto de 1824.

Séptima Estrofa.

*La trompa victoriosa
En Ayacucho truena,
Que en cada triunfo crece
Su formidable son.*

*En su expansivo empuje
La libertad se estrena,
Del cielo americano
Formando un Pabellón.*

Y tras la gloriosa jornada de Junín, se extiende por el horizonte el estridente grito del guerrero: "División, ¡Armas a discreción! de frente! paso de vencedores!. Era la aguerrida voz del joven militar José María Córdova, quien al son de los acordes del bambuco subió las laderas del cerro de Cunduncurca y aniquiló al más poderoso ejército que España había mandado a América.

El 9 de diciembre de 1824 el bravo militar antioqueño, al frente de 5.780 patriotas destrozó un ejército de 9.310 realistas, quedando en su poder el Virrey, José de la Serna, quien mandaba las fuerzas españolas, y tomando prisioneros a los generales, tenientes y oficiales más notables del ejército contrario.

Con este triunfo fue ascendido por el Mariscal Antonio José de Sucre, Comandante de las fuerzas america-

nas, a General de División, ascenso que tuvo lugar en el mismo campo de batalla.

Ayacucho fue la última gran batalla que se dio por la independencia y selló con broche de oro la campaña libertadora.

Octava Estrofa.

*La Virgen sus cabellos
Arranca en agonía,
Y de su amor viuda
Los cuelga del ciprés*

*Lamenta su esperanza
Que cubre losa fría,
Pero glorioso orgullo
Circunda su alba tez.*

La estrofa es un canto a la agonía de todas las madres y esposas a quienes dejó solas la guerra y al dolor de madre que la Patria sentía por la muerte de tanto hijos bienamados, en los campos de batalla.

Novena Estrofa.

*La Patria así se forma
Termópilas brotando;
Constelación de cíclopes
Su noche iluminó.*

*La flor estremecida
Mortal el viento hallando,
Debajo los laureles
Seguridad buscó.*

La Patria fue formada con hechos de armas y acciones tan brillantes, como la del general espartano Leonidas, que con 300 hombres fue comisionado para defender el desfiladero de las Termópilas contra un ejército numerosísimo mandado por Jerjes; y si no pudo vencer, si supo morir con todos sus hombres.

Décima Estrofa.

*Mas no es completa gloria
vencer en la batalla,
Que el brazo que combate
Lo anima la verdad.*

*La Independencia sola
El gran clamor no acalla,
Si el Sol alumbra a todos
Justicia es Libertad.*

No bastaba únicamente con habernos independizado de España, había cosas tan importantes como la misma independencia. La igualdad de todos los hijos del Nuevo Mundo, igualdad que se reflejara no solo en los deberes a cumplir, sino en los derechos a ejercer, la libertad de los esclavos, la justicia sin distinciones, igual oportunidad para todos. Se hacía necesario la feliz realización del lema de la República Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Undécima Estrofa.

*Del hombre los derechos
Nariño predicando
El alma de la lucha
Profético enseñó.*

*Ricaurte en San Mateo
en átomos volando,
"Deber, antes que vida"
con llamas escribió.*

Antonio Nariño, El Precursor de la Independencia, imprimió y publicó los Derechos del Hombre, que habían visto la luz durante las gloriosas jornadas de la Revolución Francesa y con ellos forjó el espíritu de lucha de los hijos de América.

Durante las victoriosas jornadas de las campañas que realizó el Libertador en los años de 1813 y 1814, se celebró la batalla de San Mateo, y ante un empuje de las tropas españolas, al retroceder el ejército granadino, el fortín donde se almacenaban las armas de los patriotas quedó desprotegido y a merced del enemigo. Serían nuevas armas con que las tropas ibéricas procurarían mantener su dominio en América. Pero un bravo hijo del Nuevo Mundo, Antonio Ricaurte, en un acto heroico, le prendió fuego al polvorín a costa de su propia vida evitando así que las armas cayeran en manos de los españoles.